

Las funciones del editor independiente en el campo editorial

Les fonctions de l'éditeur indépendant dans le champ de l'édition

Anne-Marie Métaillé

Fundadora y responsable de Ediciones Métaillé

amm@metailie.fr

Resumen

Una editora independiente, que ha ejercido su oficio en Francia- un país con un contexto privilegiado- presenta algunas de las cuestiones resueltas por medio de las políticas culturales, y aquellas promovidas gracias a acciones nacidas de la voluntad de los editores, a lo largo de los últimos 30 años. Concibiendo la independencia como la libertad de situar a los libros y sus autores al centro de la actividad editorial, expone la manera en que los editores independientes franceses han enfrentado las transformaciones del espacio editorial. Esto es : incorporando un modo de trabajo con los librerías, considerándoles- antes que vendedores de libros - como actores culturales de los cuales depende el porvenir de la producción cultural. Igualmente, se esboza cómo a partir de la lucha por el precio único, aparece la necesidad ineluctable de formar progresivamente una red de solidaridad profesional.

Palabras Clave: Edición independiente, políticas culturales, librerías, red de solidaridad profesional.

Résumé

Etude à travers le développement d'un éditeur indépendant sur 30 ans de l'évolution de ce métier dans un pays privilégié, La France. Les questions résolues par les politiques culturelles, et celles qui trouvent leur solution dans une action née de la volonté des éditeurs. Définition de l'indépendance comme la liberté de placer les livres et leurs auteurs au centre de son activité. Les éditeurs indépendants ont amorcé le changement dans la façon de travailler avec les libraires en ne les considérant plus comme des vendeurs de livres mais comme des acteurs culturels dont dépend l'avenir de la production culturelle.

A partir de la lutte pour le prix unique, est apparue la nécessité inéluctable de la formation progressive d'un réseau de solidarité professionnelle.

Mots Clés: Édition indépendante, politiques culturelles, libraires, réseau de solidarité professionnelle.

Soy una editora que creó su editorial en 1979, a partir de nada (no contaba ni con una red de contactos ni poseía fortuna ni experiencia ni formación), que comenzó con un pequeño capital y que fue comprendiendo poco a poco que este trabajo implica dificultades y victorias. Con el tiempo fui descubriendo cómo poder vivir de este trabajo y continuar, a pesar de las circunstancias, haciendo los libros que uno quiere, con los autores que uno respeta, asegurando al mismo tiempo un desarrollo y una capacidad financiera acordes al proyecto que se ha decidido crear.

Yo quisiera, en primer lugar, cuestionar la idea tan ampliamente extendida de la inexorable decadencia del libro en nuestras sociedades y ligado a esta, la imagen del editor como una especie en vías de extinción. Yo creo que el libro resiste muchísimo mejor que otras industrias culturales a las mutaciones de nuestro siglo.

En Francia existen cerca de 4000 editores, de los cuales 1400 publican más de un libro al año. La manera en que se ve el mundo está en relación con la cantidad de libros que uno produce. En nuestro caso, nosotros publicamos 30 libros al año, nuestro equipo está compuesto por 9 empleados y 5 directores de colección, poseemos un catálogo de 1000 títulos, y nuestro volumen de negocios nos sitúa en el número 101 en el *ranking* de las editoriales francesas, produciendo utilidades.

Trataré de retratar la evolución que ha tenido esta profesión a lo largo del tiempo en un país privilegiado, describiendo las cuestiones resueltas por las políticas culturales así como aquellas que han podido realizarse gracias a las iniciativas y la voluntad de los editores. En esta dirección, mencionaré la creación de un concepto de red profesional solidaria que se resume en la expresión «estamos todos en el mismo barco».

A lo largo de los últimos treinta años, he presenciado una evolución del vocabulario y de los significados vinculados a la función que cumple el tipo de editor que yo represento al interior de la profesión. Así, he transitado de «pequeño editor valiente» (supongo que debido a que uno explora los márgenes y territorios desconocidos, los autores emergentes, la literatura extranjera más allá de la norteamericana, sumado al hecho de no contar con un capital financiero capaz de seducir y atraer a los autores locales que venden) pasando a «pequeño editor, ¿en que región?» cuando se introdujo en Francia una política de descentralización (1984-1994), donde las regiones ricas (con excepción de Île de France, donde yo trabajo) comenzaron a entregar subvenciones. En seguida, a comienzos del año 2000, aparece la categoría de «editor independiente» que tenía un cierto aire sexy y glorioso. Esta noción logró, a lo largo de un conjunto de reuniones y encuentros internacionales, alcanzar a sellos como Actes sud y Gallimard, es decir todo lo que estaba fuera de la órbita de los grandes grupos, como Hachette, Editis, Rizzoli, entre otros.

Yo deseo entregar aquí mi propia definición, construida sobre la base de diferentes encuentros en los cuales he participado. Ser independiente no significa ser el órgano de expresión de una ONG o de otra institución, como tampoco de un grupo de comunicación o de prensa. Significa estar en una editorial donde uno maneja sus orientaciones ideológicas e intelectuales. Es hacer libros en los cuales uno se reconoce, libros que uno no considera como simples mercancías. Para esto se torna necesario resistir económicamente, ya que en todos los países el equilibrio de una editorial se encuentra en la intersección de dos ejes. Un eje simbólico e intelectual que define la imagen y el prestigio, merecido o no, de un editor, es decir, su imagen social. A su vez, existe un eje económico, que se define por su capacidad de producir riqueza y de sobrevivir económicamente. Es de la relación de estos ejes que depende la vida de una editorial.

En este sentido, si uno quiere desarrollarse siendo independiente hay que ser lo más profesional posible (la condición de *amateur* cuesta caro para aquellos que no poseen una fortuna personal) respecto a la producción, la gestión de derechos y la difusión-distribución. Es necesario, igualmente, estar en condiciones de garantizarle a un autor que su libro estará disponible para sus potenciales lectores en la mejores condiciones.

Ser independiente es tener la libertad de situar los libros y los autores en el centro de la actividad y, en este sentido, considerarlos como amigos y aliados. Es, al mismo tiempo, tener una clara idea acerca de la realidad del mercado en el cual uno trabaja, saber que no es posible programar un «éxito», que nosotros somos actores de una industria de la oferta y que proponemos textos que nadie necesita ni espera.

Por otra parte, la gran dificultad actual es permanecer inscritos en el tiempo lento de la cultura. Los libros poseen un tiempo propio, que no tiene nada que ver con la necesidad financiera. Si los libreros devuelven un libro al cabo de dos meses, se condena la posibilidad de explorar y descubrir temáticas poco conocidas; los tiempos de la cultura y de las mercancías no son los mismos. Los libros son artefactos extraños, que pueden resurgir después de haber resultado un fracaso en un primer momento.

Gracias a la difusión «de boca en boca» de los lectores o a la voluntad de un librero, ellos pueden venderse lentamente a lo largo de los años. De acuerdo a nuestra experiencia, después de haber tenido algunos de esos *long-sellers* que comenzaron con una venta de 1800 ejemplares y alcanzaron 10 años después los 100 mil ejemplares, yo veo actualmente con pavor algunos de nuestros autores vender 100.000 ejemplares para enseguida retirarse definitivamente. A veces ellos reaparecen en formato de bolsillo y vuelven a convertirse en *best seller*, pero en un contexto diferente, un contexto industrial, lejos del alcance de un editor independiente. Esto ocurre al mismo tiempo que muchos otros títulos no logran alcanzar la frontera de los 3000 ejemplares, ni la prensa ni los libreros se interesan a los dos meses de su aparición.

Una de las dificultades principales de la independencia es tener la capacidad de desarrollarse. Es muy difícil hacer comprender a los bancos el proceso de «acumulación originaria» del que hablaba Marx, que representa para nosotros, y en particular para mí, la construcción de un catálogo. Imaginar nuevos proyectos y colecciones significa pre-financiarlos, significa la capacidad de instalarlos en el mercado, de mostrarlos, que la gente los conozca, y es realmente difícil convencer a los bancos de aprobar créditos para este tipo de proyectos. Si el editor independiente logra construir un verdadero catálogo, conservar sus autores (su sola riqueza) y mantener un equilibrio financiero razonable, él alcanza una cierta legitimidad en el campo profesional y se hace codiciado entre las empresas más importantes, que van a ver en él una opción de desarrollo a bajo costo. Esto es: un catálogo explotable para las colecciones en formato de bolsillo, hábitos de trabajo más ligeros y rápidos, una marca comprable que les favorece y de la cual es posible apropiarse.

Para las grandes editoriales y grupos, existen dos métodos para absorber una editorial independiente: comprarlos a un precio irrisorio cuando están al borde de la quiebra, despedir al editor, nombrar a un responsable de control de gestión que nunca en su vida ha leído un libro, se despedaza el catálogo en dos años y entonces no queda de este sello sino el recuerdo. Resulta pertinente mencionar una excepción, se trata de La Découverte, absorbida por el grupo Editis –actualmente Planeta– cuyo director, respaldado por la autoridad que confiere un catálogo consagrado, ha sabido hacerse respetar.

Existe otra manera de actuar, como cuando uno tiene que tratar –no con un grupo financiero– pero con un editor más importante (que es actualmente la situación de dos grandes editoriales en Francia: Le Seuil (grupo La Martinière) y Gallimard, que practican un desarrollo externo. Gallimard, por ejemplo, compró en los últimos años las editoriales POL, La Table Ronde y Joelle Losfeld, conservando a sus propios editores y permitiéndoles hacer su trabajo.

De la generación de editores a la que pertenezco (1978-1979) somos tres los que, sin contar con una trayectoria anterior y formados sobre la marcha, hemos sobrevivido honorablemente:

- **Actes sud:** una empresa familiar que ha logrado desarrollarse de manera impresionante, cuyo fundador acaba de morir, pero su hija ha tomado el relevo desde hace algunos años y ha creado un grupo.
- **Ediciones Verdier:** una aventura intelectual, de corte filosófico, que después de la muerte de quien lideraba el proyecto, ha logrado continuar gracias a la gestión colectiva.
- **Ediciones Métailié:** en nuestro caso, sin contar con herederos que se interesen en la profesión del libro y tomando conciencia de mi edad y de mi responsabilidad con nuestros autores y nuestro personal, he vendido el 80%

del capital de mi editorial a Le Seuil/ La Martinière, que ha sido mi socio para la difusión, desde 1991. Esta venta se ha efectuado a condición que yo pueda continuar a cargo de los encargos literarios y de gestión mientras que mis capacidades me lo permitan. Yo pienso que es una solución que nos conviene a todos, ya que nuestro catálogo está bien posicionado sobre el formato de bolsillo, el encargado de control de gestión comprende lo que es un editor y no interviene, no tengo más preocupaciones de liquidez y puedo proyectar un desarrollo sumando a jóvenes editores que podrán tener su lugar, pase lo que pase. Además, pretendo morir me siendo muy vieja y hacer libros hasta el final de mi vida.

A continuación, quisiera precisar cómo las políticas culturales de este país privilegiado llamado Francia, se han inscrito en las prácticas, y cómo les han hecho evolucionar. Lo haré, poniendo atención en la manera en que las transformaciones de los últimos años de la sociedad, respecto a la lectura y el desarrollo de la tecnología, han modificado las profesiones y producido adaptaciones, a su vez productoras de cambios en los mecanismos de las políticas culturales.

No volveré aquí a la Ley de 1981 sobre el precio único, fijado libremente por el editor y que se encuentra marcado en el libro y vendido a ese mismo precio fijo en todos los puestos de venta del territorio (la reducción del 5% autorizada fue abandonada por la FNAC¹ que no veía esto como algo atractivo para los clientes). Sin embargo, es necesario señalar que a 30 años de aprobarse esta ley, la mayor parte de los lectores ignoran su existencia y piensan que van a ahorrar si compran en un gran hipermercado. Esto ha colaborado a la desaparición de varios librereros. En esta ley se contempla el artículo 2, que se torna particularmente importante en el contexto actual, ya que fija la compensación fija del librero a cambio de esta igualdad de precios. Las condiciones de venta establecidas por el editor toman en cuenta la «calidad de los servicios otorgados por los vendedores minoristas en favor de la difusión del libro». Es a partir de este artículo que se fueron estableciendo los acuerdos que fijan las relaciones comerciales entre la edición y la librería. Normalmente lo mencionamos poco, pero puede ser que sea ahí precisamente donde se anide el horizonte global de nuestra profesión. Él instaura un intercambio exigiendo a ambas partes una solidaridad de facto.

De hecho, a lo largo de los años ha quedado claro que los editores están interesados en que los librereros sean dinámicos y se modernicen. Es bajo este prisma que intervino

1 La FNAC es una cadena de venta de música, libros y materiales de informática, perteneciente al grupo PPR.

la creación de la ADELCO², que se encuentra en parte financiada por los editores adherentes, quienes aportan 1 de cada 1000 dentro de su volumen de negocios para garantizar préstamos bancarios y ayudar a los librereros a modernizarse, incorporar tecnologías informáticas, poder ampliarse, instalar climatización, etc. Yo conservo un recuerdo muy vivo de la agresiva reflexión de un colega mexicano, en el marco de un encuentro en Guadalajara, donde él consideraba esta política como absurda y aberrante. Pero es precisamente en este tipo de iniciativas donde podemos encontrar una solución frente a las mutaciones del mundo del libro, un librero no es simplemente un vendedor de libros, es un actor cultural del cual depende nuestro porvenir. En este sentido, son los propios editores independientes quienes han iniciado este cambio en el modo de trabajar con los librereros.

En el último tiempo, la ADELCO ha comenzado también a intervenir en el momento en que el librero se jubila, ayudándole a financiar y a traspasar su negocio a jóvenes librereros a fin de evitar que su local sea comprado por una *boutique* de moda o de otro tipo. Esto constituye un elemento importante, ya que la mayor parte de los librereros modernos y dinámicos, actualmente líderes en el mercado, fueron creados o retomados a fines de los años 70 y 80 por una generación de jóvenes cultos, a menudo comprometidos políticamente y verdaderos militantes del libro. Ellos esperaban la edad de jubilar, siempre recibieron salarios menores y tienen jubilaciones muy bajas; sus locales, situados en el centro de las ciudades y en las mejores zonas comerciales han adquirido un altísimo valor inmobiliario, completamente desconectado del precio original, y son codiciados por tiendas de lujo o de ropa de marca. La tentación es grande.

La generación de recambio no tiene la misma formación que la precedente, posee otra visión acerca del libro, pues proviene de otros horizontes. Existen equipos jóvenes dispuestos a tomar el relevo, ellos necesitan un traspaso progresivo, aun cuando están preparados.

Existe otro elemento presente en el período actual: nosotros constatamos una deficiencia en el público lector. Si bien un 45% de los encuestados declara haber leído al menos 1 libro al año, las ventas se han remitido masivamente al libro de bolsillo y la crisis mundial de la prensa escrita ha experimentado una disminución de las páginas consagradas a los libros en la mayor parte de los diarios y revistas (no me referiré a la televisión, de la cual algunos lamentan la ausencia en la difusión del libro ya que nuestro desarrollo muestra claramente que podemos prescindir de las emisiones culturales: en 30 años, de 1000 libros publicados, solamente siete de nuestros autores fueron invitados a este tipo de programas y sin grandes repercusiones).

El recambio generacional ha llevado a las secciones literarias a jóvenes periodistas

2 Asociación de librereros de cultura.

muy influenciados por EE.UU., que no se interesan ni en descubrir autores emergentes ni al mundo que se encuentra más allá de América del norte. Esta prensa que responde a una tendencia monocolor y uniforme, ha ido perdiendo largamente su influencia y capacidad de aconsejar, ella ya no incita la curiosidad ni la apertura de los lectores.

Frente a esta tendencia que se ha ido ampliando en el curso de los últimos cinco años, los editores se han concentrado en las librerías. Los librereros son más numerosos que los periodistas y tienen gustos y preferencias más variadas, conocen los catálogos de los editores y las visiones que estos defienden, poseen credibilidad para orientar a los lectores, y han llegado –en suma– a ser prescriptores de libros. Desde hace muchos años que los libros les eran presentados a los librereros por los encargados de difusión, siendo actualmente mayor el número de libros enviados por el Servicio de prensa³ a los librereros que a los periodistas. En la actualidad, cada vez más, los editores viajan a las provincias para encontrarse con los librereros de una ciudad y sus alrededores para hablarles de sus novedades. Cuando nosotros comenzamos a organizar sistemáticamente, dos veces al año, giras por las provincias para reunir a los librereros de una región en torno a un desayuno de trabajo –les presentábamos los títulos a publicarse durante el semestre– no éramos sino tres los editores independientes que lo hacíamos. Hoy, sin embargo, es muy difícil encontrar fechas disponibles para organizar esos encuentros; todos replicaron la idea.

Los modos de trabajar han cambiado, también los librereros comenzaron a reivindicar la posición de librereros independientes frente a las grandes plataformas de venta, concibiéndose como portadores de cultura. Situados en general en los centros de las ciudades grandes y pequeñas, debilitados por los aumentos de precio de los arriendos, los librereros han desarrollado políticas de encuentros con los autores, así como presentaciones sistemáticas, se han ido asociando con las mediatecas a fin de tener acceso a un público más variado y numeroso. Estos actores hacen un trabajo inigualable de mediación social, haciendo de las librerías un lugar de sociabilidad y de encuentro entre los vecinos y un espacio de debate en muchos barrios. Para esto es necesario evidentemente poseer un talento personal, pero también contar con la voluntad y con un reconocimiento social del rol jugado.

Esta situación llevó al Ministerio de Cultura a crear un reconocimiento que distingue la calidad y el trabajo de los librereros, otorgado por una comisión formada por representantes del Centro Nacional del Libro, funcionarios regionales de la cultura, difusores, autores y editores. Es atribuido en función de criterios que consideran no solamente la calidad del trabajo efectuado, sino también el número de libros que conforma el fondo editorial del local, el tamaño de la tienda, el número

3 Servicio de prensa (SP) corresponde a los libros gratuitos que se envían a los periodistas y ahora a los librereros, para que puedan leerlos con anticipación y de esta manera venderlos mejor.

proporcional de empleados y sus salarios. El otorgamiento de este reconocimiento de «librero destacado» les permite también, según las orientaciones políticas de las municipalidades, ser eximidos de ciertos impuestos locales. La revisión de los documentos ha permitido igualmente observar el bajísimo nivel de las remuneraciones de los libreros. Exhibir el reconocimiento en la vitrina ha llegado a ser algo importante, representando una valoración del trabajo desarrollado.

Los libreros también se han asociado para debatir acerca de sus condiciones laborales, lo cual ha incitado a los editores a renegociar las condiciones de pago, considerando criterios cualitativos que permitan a los libreros ser pagados de manera adecuada por su trabajo.

No quiero hacer aquí un catálogo de las acciones y de las medidas políticas. Quisiera, más bien, destacar algunos casos de la influencia que esto puede tener sobre el avenir de la edición independiente y esencialmente mostrar lo que me parece, en Francia, constituye una solución a las transformaciones ineluctables sobre el lugar que ocupa el libro en nuestras sociedades. Yo creo que podemos ver la emergencia de un movimiento que saca al editor independiente de su soledad. A partir de la lucha por el precio único, obtenido gracias al *lobby* notable organizado por un editor independiente a lo largo de los años, y de acciones impulsadas por numerosos editores independientes, rápidamente seguida por los otros editores, apareció la necesidad ineluctable de la formación progresiva de una red profesional solidaria.

Para acercar el autor al lector, se puede desde luego soñar como los intelectuales de Amazon, que la era digital abre vías directas menos costosas y más rápidas, pero como lectora de innumerables manuscritos yo sé lo que aporta el trabajo del editor en la elección, en el texto y su presentación, del mismo modo que la importancia del librero y su capacidad de persuasión y de comunicación con el lector (los que tengan alguna duda que traten de comprar un libro aparecido en 2011 en una librería de Inglaterra).

Vuelvo a decirlo entonces: estamos todos en el mismo barco y yo , al igual que ustedes, no quisiera que se hunda.

Referencias bibliográficas

Varios Autores. (2006). *Des paroles et des actes pour la bibliodiversité*. París: Alianza de los editores independientes Colección État des lieux de l'édition.